

SU ROSTRO RESPLANDECIÓ COMO EL SOL - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Mt 17,1-9

Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte alto. Allí se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con él.

Entonces Pedro dijo a Jesús: "Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, haremos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías". Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió y se oyó una voz desde la nube, que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd".

Al oír esto, los discípulos se postraron sobre sus rostros y sintieron gran temor. Entonces Jesús se acercó y los tocó, y dijo: "Levantaos y no temáis". Cuando ellos alzaron los ojos, no vieron a nadie, sino a Jesús solo. Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: -- No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos.

El destino del hombre no está ensombrecido por la muerte física. El hecho que el hombre tenga que morir no pone punto final a su vida, sino que es un destino luminoso en el que puede manifestar el esplendor y la madurez de haber conseguido la plenitud de su humanidad; una plenitud que significa superar la misma muerte. Este es el contenido del evangelio del domingo de hoy, segundo domingo de cuaresma, en el que Mateo narra el episodio de la transfiguración.

Jesús sube a un monte alto llevando con él a tres discípulos que tienen un importante papel en el grupo: Pedro, Santiago y Juan. El evangelista coloca este episodio seis días después de que Jesús haya anunciado lo que le espera en Jerusalén, dando una indicación cronológica que debe ser interpretada desde la teología de Mateo. Ha dicho que en Jerusalén no le espera la gloria y los honores propios de un personaje importante, sino que lo que encontrará es la muerte y el desprecio por parte de las autoridades religiosas. Los discípulos se han opuesto a este anuncio. Pedro, el cabecilla, ha manifestado toda su oposición a que esto ocurra. Jesús lo ha llamado Satanás. Seis días después es una cifra bíblica que recuerda en el libro del Génesis el día en que fue creado el hombre.

Así que seis días después Jesús lleva a estos discípulos a un monte para hacerles comprender que la gloria, el esplendor y la realización humana no se consiguen imponiendo la fuerza, sino siendo capaz de dar la vida y todo tu ser para que los demás puedan tener vida.

Con la indicación del monte y los seis días, aspectos teológicos de su obra, Mateo recuerda como Jesús en la última de las tentaciones en el desierto, el diablo le lleva a un monte alto, mostrándole todos los reinos de la tierra, y le dice “todo esto te lo daré si me adoras”. Jesús, en cambio, lleva ahora a un monte al “Satanás” Pedro, para mostrarle como se puede alcanzar la gloria. No como había propuesto el tentador o pensaba Pedro, sino como Jesús ahora quiere mostrar a sus discípulos.

Cuando la muerte es expresión de una vida que se da por amor a los demás, ésta no puede poner fin a la vida, sino que es el pasaje hacia una situación de plenitud. Por esos dice Mateo que Jesús se transformó delante de ellos. Su rostro brillaba como el sol y sus vestidos se hicieron resplandecientes como la luz. Esta es una manera de explicar como la muerte que espera a Jesús en Jerusalén no sólo no destruirá su misión, sino todo lo contrario, será el momento en que esa persona resplandecerá de manera más intensa, manifestando la riqueza de una vida de la misma condición divina.

Con Jesús aparecen Moisés y Elías, pilares de la tradición religiosa de Israel. Estos dos personajes, dialogan con Jesús. Interviene Pedro para proponer construir tres chozas, una para Jesús, otra para Moisés y otra para Elías. Pedro que ha tenido la visión junto a Santiago y Juan, está interesado al ver a Jesús hablando con Moisés y Elías, en que éste responda a las tradiciones religiosas del pueblo de Israel, pues la propuesta de Pedro, alude a una de las fiestas más importantes en el mundo judío, la de “las chozas o los tabernáculos” que se celebraba en otoño.

Esta era una fiesta para dar gracias por la recolección de los frutos del campo, bendiciendo a Dios por lo recolectado y también en la esperanza de la llegada del Mesías. Con esta alusión, Pedro quiere que Jesús responda al papel del Mesías, según las figuras de Moisés y Elías. Moisés representa la Ley y Elías, el profeta más fanático (llamado el profeta de fuego) que con la violencia imponía la aplicación de la Ley.

Entonces se oye una voz del cielo, desde la nube, que cubre con su sombra, diciendo: “este es mi hijo, el amado, en el que he puesto mi favor, escuchadlo”. A la intervención de Pedro responde lo que en verdad interesa en la vida de la comunidad: escuchar la voz del Padre que indica a Jesús como su Hijo amado, al único que hay que escuchar. El único que puede dar a los seres humanos el modelo de humanidad y la propuesta de vida que les permita alcanzar el esplendor que Jesús ha manifestado en el monte. Por esto Moisés y Elías sólo conversan con Jesús, no hablan con los discípulos, de manera que ni Moisés ni Elías tienen nada que decir a la comunidad. Es sólo Jesús quien tiene que hablar a la comunidad, quien nos hace conocer el proyecto del Padre.

Al tener los discípulos la experiencia de lo divino, caen de bruces aterrados, pues según la mentalidad judía, no se podía tener experiencia de lo divino y seguir con vida. En cambio Jesús se acerca tocándolos diciéndoles: "levantaos no tengáis miedo". La misión de Jesús es romper la imagen de un Dios que aterrera, acabando con la separación que no permite al hombre tener una experiencia del Padre. Jesús se acerca a los discípulos como se acercaba a los enfermos,

tocándolos para liberarlos de su temor. “Alzaron los ojos y no vieron más que al Jesús de antes solo”.

Acabada la visión queda sólo Jesús, Moisés y Elías desaparecen. Esta indicación “solo”, indica que los discípulos no serán capaces de acompañar a Jesús hasta el momento culmen de su vida en el que entregará su ser por el bien de los demás. Jesús irá a la muerte solo, abandonado por sus discípulos y sólo en el momento de la resurrección cuando esa vida se manifieste con todo su fulgor, entonces los discípulos podrán comprender el mensaje contenido en la visión.

Es por esto que Jesús les dice que no hablen de lo visto a nadie porque no son capaces todavía de comprenderlo y ponerlo en práctica. Sólo cuando los discípulos tengan la experiencia profunda del Cristo resucitado entonces podrán hablar de una vida que supera a la muerte.

Una vida que ha sido dada por amor a los demás resplandece con la misma luz que Dios posee. Este es el mensaje del episodio en este segundo domingo de cuaresmas en el que podemos comprender algo fundamental para nuestras vidas: El amor transfigura la vida del que se abre a él, y así la persona se asemeja cada vez más al Hijo amado, pudiendo entrar en una plena y total comunicación con el Padre, y ese esplendor nos hace tan fuertes que somos capaces de superar cualquier obstáculo, incluso la muerte misma.